

MENSAJE DEL DECANO

Mayorías y minorías en democracia

No deja de ser curioso cómo se manejan los criterios de la mayoría y minoría, según los momentos y circunstancias que toquen. Para ciertos tiempos y lugares, la mitad más uno es no sólo suficiente, sino decisiva para definir grandes cuestiones que hacen no sólo a la política, sino a la cultura de un país. Y esa mayoría, por mínima que haya sido, puede modificar aspectos que durante décadas pueden haber parecido arraigados e insustituibles. Por eso es tan importante alcanzar esa mayoría y una vez lograda esa cifra, resulta crucial defenderla con ahínco.

Ahora bien, para otros tiempos, espacios y circunstancias, una minoría que en muchas ocasiones no alcanza al diez o máximo veinte por ciento de los involucrados, resulta suficiente para lograr objetivos que sólo a esa minoría le interesa. Es decir, consigue un resultado que más allá de favorecer a esa minoría, puede en ocasiones perjudicar - y mucho - a la mayoría. No se cuestiona aquí la importancia que fue adquiriendo el criterio de defensa de las minorías en ámbitos tan dispares como la empresa comercial, las minorías religiosas o las étnicas. Sin duda ha sido un avance significativo paliar con normas y procedimientos lo que durante largo tiempo fue un persistente avasallamiento de los derechos de las minorías perpetrado por indolentes, abusivas o indiferentes mayorías. Pero luego de haber logrado revertir esos extremos pendulares, en vez de conseguir resultados equilibrados y más justos, en algunas ocasiones el péndulo se orientó hacia el extremo opuesto. Y actualmente nos encontramos con reiterados casos en los que unas minorías avasallan a las mayorías.

Da la sensación que en nuestros días los términos mayoría y minoría no alcanza con emplearlos "a secas". Resulta conveniente, cuando no necesario, agregar a dichos términos un adverbio más rico y explicativo del fenómeno que pretenden transmitir. Entonces podemos encontrarnos con mayorías indiferentes o adormecidas, con minorías combativas, militantes y transgresoras o



Revista de DERECHO

Publicación semestral de la
Facultad de Derecho de la
Universidad de Montevideo

Director

Dr. Santiago Pérez del Castillo

Director Fundador

Dr. Carlos E. Delpiazzo

Sub. Director y Redactor Responsable

Dr. Miguel Casanova
Lord Ponsonby 2506

Consejo Editorial

Dr. Carlos de Cores
Dr. Alberto Faget Prati
Dr. Jorge Fernandez Reyes
Dra. Mercedes Jiménez de Aréchaga
Dr. Pedro Montano Gómez
Dr. Santiago Pérez del Castillo
Dr. Siegbert Rippe

Comisión de Publicaciones

Dra. Beatriz Bugallo
Dr. Miguel Casanova
Dr. Juan Manuel Gutiérrez

Secretaría Técnica

Dra. Natalia Veloso

Redacción y suscripciones

Facultad de Derecho
Universidad de Montevideo
Lord Ponsonby 2506
11600 Montevideo - Uruguay

Impresión

Tradinco S.A.
Minas 1367
Telefax: 2409 4463 - 2409 5589
Montevideo - Uruguay
E-mail: tradinco@adinet.com.uy
Depósito Legal 360.809 / 12
Edición amparada en el decreto
218/996 (Comisión del Papel)
ISSN: 1510-5172
ISSN (en línea): 2307-1610

Las expresiones y opiniones
vertidas
por los autores de cada obra
publicada en esta Revista, son de su
exclusiva responsabilidad
Año XIV (2015), N° 28

con unas cruzadas combinaciones de estas dos primeras: mayorías activas y dominantes frente a minorías sumisas y languidecientes. Ejemplo de mayorías indiferentes o adormiladas son todos los casos de generaciones que tienen falta de interés por la cosa pública, de involucrarse en la gestión pública, de arremangarse y poner el hombro para mejorar la política y la gobernanza de un país. Ejemplo de minorías combativas, transgresoras y avasallantes son los múltiples casos de ocupaciones de lugares y fuentes de trabajo durante un conflicto, o cortes de rutas, calles o puentes que afectan - en mayor o menor medida - a las mayorías.

Por otra parte, la historia es la mejor testigo de la cantidad de veces que las mayorías se han equivocado por un hábil manipuleo de las minorías que - empleando slogans huecos pero efectivos y apelando a cargas emocionales antes que a la razón - lograron imponer al menos durante un tiempo más o menos largo sus convicciones. También es esa misma historia la que nos muestra cómo un pequeño grupo puede ir logrando la transformación de una cultura, una forma de pensar y de vivir sin hacerlo por medios violentos, sino por pacíficas, razonadas y arraigadas convicciones. La levadura que hace fermentar toda la masa, para lograr su objetivo no puede ser invasiva, agresiva o violenta. Resulta más eficaz si es persistente, amable y sutil. Persuade y convence mejor si emplea argumentos racionales que si utiliza el miedo, la amenaza y la artificialidad.

Por supuesto, hay violencias y radicalizaciones que - lejos de ser irracionales y meramente emotivas - son de una maligna y perversa racionalidad. Muchas organizaciones terroristas por más ropaje religioso o político que tengan, están orientadas y empeñadas en destruir racionalmente los regímenes, las culturas y los sistemas que los recibieron, aceptaron y cobijaron. Racional y sistemáticamente pretenden por medio de la violencia, el caos y el miedo imponer su totalitaria e intransigente forma de vida. Incorporados a las libertades y tolerancias que le abrieron sus puertas, una vez dentro procuran por todos y cualquier medio destruirlas y eliminarlas para siempre. Con perversa y asombrosa racionalidad se camuflan y amparan en sistemas y culturas promotoras de la libertad y la sana tolerancia para luego despótica y sistemáticamente borrarlas de la faz de la tierra. No resulta fácil encontrar la vía pacífica de dialogar con enfoques tan radicales; no porque sean irracionales, sino por su radical y diferente racionalidad. Quizás el único camino a transitar sea el de buscar una base ética común, con pocos pero sólidos cimientos universales tales como el respeto por lo ajeno, la indemnización de los daños causados, el castigo a los delincuentes y el respeto por los pactos libremente celebrados.

Volviendo a la normalidad: en democracias no afectadas - al menos por ahora - por el terrorismo, deberíamos tener un debate abierto, profundo y representativo de qué debe entenderse por respeto a las mayorías y minorías, y qué implica abusar o manipular esos términos para beneficio de unos pocos y en detrimento de muchos. Sin distinción de partidos, ideologías, religiones, tiempos y lugares. Con al menos un objetivo o finalidad: que las corrientes de pensamiento - sean mayoritarias o minoritarias - no se contagien e impregnen de y con la visión totalitaria, destructiva y anti-hista del terrorismo nacional o internacional. También para distinguir y no confundir la sana tolerancia con su deformación patológica que es soportar, aguantar y sufrir injustamente.

Los avances tecnológicos nos han permitido desarrollar cada vez más y mejor los sondeos de opinión y las encuestas masivas acerca de múltiples tópicos. Desde el porcentaje de personas que adquieren tal o cual detergente, o pasta de dientes, hasta el ranking que ocupa un país en materia de niveles de educación, ingreso real por persona, siniestros de tránsito por año o el grado de sentimiento de bienestar y felicidad que manifiestan un grupo de ciudadanos por año. Nadie duda de las ventajas de tener una información cada vez más precisa por medio de las encuestas y las estadísticas. Mi prevención radica en que no se transformen en instrumentos para rendirle culto al decisionismo. Por decisionismo entiendo la tendencia actual de elevar a grados superlativos las encuestas y estadísticas para tornarlas en regidoras de la forma de pensar y de actuar de multitudes. Entonces esas masas consultadas en torno a cualquier tema, transforman al medio o instrumento en un fin en sí mismo; la encuesta o sondeo deviene casi un ser divino e infalible. Además se da con demasiada frecuencia que los consultados acerca de ciertos tópicos saben poco o nada acerca de los mismos. Simplemente fueron capturados o detectados por las amplias redes de información a partir de bancos de datos de extensión mundial. Y entonces puede darse la paradoja de tener miles de votos u opiniones emitidas a miles de kilómetros de distancia y de conocimiento del lugar, entorno, cultura y circunstancias en que se plantean los tópicos a dilucidar.

¿Hay alguna alternativa para este decisionismo inconsistente, líquido o volátil? Una vez más (y van...) creo que la respuesta es una educación integral. Que ayude al educando a desarrollar todas las áreas de su personalidad, la intelectual y racional, la afectiva, estética, espiritual, física y moral. Con el objetivo de formar personas íntegras en todo el sentido de la palabra. Promoviendo en ellas la idea de ser anclas y no bolsas de nylon. La bolsa de nylon, librada a los vientos que soplan, se levanta, cae, es zarandeada de aquí para allá y nunca puede saberse dónde va a parar. El ancla tiene peso, va a las profundidades y hace de sostén para que las corrientes no arrastren lo que no debe moverse. Y eso son las convicciones, los valores, los principios y las actitudes.

¿Debe entenderse entonces que las personas no pueden ni deben cambiar de opinión o de opción? Si ello ocurriese no estaríamos hablando de verdaderas democracias. Serían casos de totalitarismos o pseudo democracias. Por supuesto que la auténtica democracia se nutre de la libertad y ésta comprende la de disentir y cambiar los rumbos. Pero bien entendida, esa democracia se sustenta en una educación cívica permanente, en la que los argumentos racionales que respaldan los cambios o diferencias de puntos de vista deben primar sobre las emociones inestables y cambiantes de quienes sustentan esas mutaciones o discrepancias. Eso implica aceptar el debate de ideas, respetuoso y abierto a todos. Supone aceptar la diversidad y entender correctamente la tolerancia. Cuando se malinterpreta, tolerar es sinónimo de soportar y da pie para que a la corta o a la larga esa tolerancia termine explosivamente, con violencias, “emocionalismos” y revanchismos que la historia nos muestra reiteradamente. Por emocionalismo entiendo la actitud y conducta en las que priman los afectos, apetitos y emociones sobre la inteligencia y la voluntad. El emocionalismo torna al ser humano más volátil e impredecible; somete a la persona a sus pasiones, entusiasmos o cambios de ánimo, muchas veces contradictorios e imprevisibles. En definitiva, le retacea al hombre su libertad responsable e inteligente. Lo transforma en bolsa de nylon y lo aleja del ancla.

En conclusión, puede ser inocuo que se decida por consulta popular qué tipo de aceite conviene utilizar en las ensaladas o motores. Pero extrapolar ese tipo de encuestas para decidir qué es la verdad y la mentira, qué lo justo o injusto, o qué es el bien y el mal parece altamente peligroso. Máxime si los que deciden están sutil o abiertamente sometidos al emocionalismo que los hace reírse de las cosas esenciales y llorar desconsoladamente por cuestiones banales e intrascendentes. Deberíamos estar alertas para evitar ese tipo de extrapolaciones. Por sentido común y por el bien de todos.

Noviembre 2015

Nicolás Etcheverry Estrázulas